

Carme Navarro i Morgades

con prólogo de Salvador Busquets Vila
y presentación de Rodolfo Puigdollers Noblom

#NADIE DURMIENDO EN LA CALLE

ACOMPAÑANDO A LAS PERSONAS SIN HOGAR



EMAÚS 158

CPL
editorial

Demasiado a menudo vemos a personas que viven en la calle. Una realidad social que no debería ocurrir. Y muchas más que están a punto de perder su vivienda. Es un hecho muy triste y tal vez no sabemos poner, o no ponemos, los recursos necesarios para solucionarlo. Y se trata de personas. Creo que la persona humana, que es la riqueza y el valor más grande de este mundo, debería ser prioritaria en nuestra sociedad, en este nuestro mundo, en este planeta Tierra que es de todos. El buen trato, las buenas condiciones de vida, al menos en las necesidades más básicas, poner como prioritaria a la persona humana. Nuestra primera obligación, cuidar de las personas, y en especial de las más débiles. *Unas de estas personas más débiles son las que viven en la calle.*

Hablaré en este libro de la cruda y triste realidad de algunas personas que han vivido en estas condiciones.

Formé parte durante más de once años de una asociación para ayudar a personas que vivían en la calle (Asociación Caliu). Ahora todavía intento ayudar a alguna, siempre junto a otras personas y entidades. Aunque ya soy mayor, es difícil desconectar o dejarlo cuando sabes que muy cerca hay alguien durmiendo en la calle, en el cajero, en el coche, en el banco... Cuando lo sabes..., cuando te piden..., cuando lo ves...,

es difícil no hacer nada. Con todo ello quiero decir que hay un sentimiento que mueve a intentar aliviar la vida de la persona que sabes que necesita salir de la situación.

¡Lo han perdido todo!

O tal vez otros nunca han tenido algo.

¿Cómo puede ser que se llegue a este extremo?

Las causas son muy diversas, cada persona es una historia. Sí, una historia que en muchos casos valdría la pena escribir. Cada persona es sagrada. Dentro de su alma ¿quién puede entrar? ¿Quién puede juzgar o criticar?

¿Qué les ha ocurrido para llevarlos a esta situación?

La verdad es que es muy triste vivir en la calle. Nadie debería vivir en ella.

También quisiera hablar un poco del tema de las familias que no pueden pagar el alquiler o la hipoteca: tarde o temprano les llega la orden de desahucio. A veces se alarga porque tienen hijos menores, pero llega el día que tienen que salir de casa, tienen que dejar su casa. He visto algunas de estas familias.

Una familia había pagado más de diez años de hipoteca y, al quedarse sin trabajo, no podían seguir pagando, hasta que tuvieron que marchar. El matrimonio sufrió mucho, el padre de familia adelgazó, estuvo un tiempo enfermo y la madre cogió una depresión. Hay que estar a su lado, ayudarles, aunque solo sea escuchándolos. Irse de su casa, de su intimidad, del lugar

donde han visto crecer los primeros años a sus cuatro hijos... Esto rompe por dentro.

No podían aceptar, ciertamente, quedarse sin su piso que tanto trabajo y esfuerzo les costó durante los años que pudieron pagar la hipoteca. Ahora, tienen que volver a empezar, con un subsidio de paro que no llega ni para pagar un alquiler.

Este caso me llegó al corazón, me entristeció. Hay que estar a su lado, compartir en la medida que se pueda, ponerse en la piel de los afectados, aunque solo sea para escucharlos, y ayudarles en la medida que se pueda.



Empiezo con algunos relatos,
fruto de experiencias
que me han permitido conocer, de cerca,
algunas de las personas
que viven en la calle.

Ya lo ves, Señor, ellos viven a la intemperie
bajo las estrellas.
¿Están más cerca de ti?



¿QUIERES SABER DÓNDE VIVO?

Lo conocí sentado en un lado de la calle, con el vaso en la mano pidiendo: tenía unos treinta y dos años. Iba cambiando de lugar, pero siempre en la misma calle, en el centro, casi cada día te lo podías encontrar. Se ponía a pedir con su vaso en la mano muy temprano por la mañana. Siempre sonreía y al ponerle las monedas su sonrisa era de oreja a oreja.

Algún día me detenía a hablar con él. Uno de estos días me dijo si podía ayudarme a pagar un lugar donde dormir. Yo le dije:

–*¿Dónde duermes ahora?*

–*¿Quieres saberlo? No está muy lejos.*

Así pues, se levantó del suelo, cogió la mochila y me fui con él por la carretera. Anduvimos unos diez minutos. Por el camino me iba explicando las enormes dificultades de vivir en la calle... También me hablaba de su familia, su hijo, su madre, y en especial del frío del invierno. Al llegar al «lugar», me dijo:

–*Mira aquí* –señaló un puente.

–*¿En el puente?* –le pregunté yo.

–*Sí, duermo aquí debajo.*

Pues sí, bajo un puente no demasiado grande, junto a la carretera. Yo había pasado muchas veces por allí a pie. Nunca hubiera imaginado que alguien pudiera dormir allí.

Le dije:

–Durante este invierno ya no dormirás más aquí.

Él mismo se buscó una habitación realquilada. Cuando me veía, ya de lejos levantaba el brazo, saludándome, y siempre son su sonrisa.

Compartir, estar junto a...

Sí, sabemos que no solucionaremos su vida, pero aquel invierno, y bastante tiempo más, *una persona no vivió en la calle.*

El Señor te guarda a su sombra,
está a tu derecha.

Salmo 121,5

Partir tu pan con el hambriento, hospedar a los pobres sin techo, cubrir a quien ves desnudo y no desentenderte de los tuyos. Entonces surgirá tu luz como la aurora, enseguida se curarán tus heridas, ante ti marchará la justicia, detrás de ti la gloria del Señor.

Entonces clamarás al Señor y te responderá; pedirás ayuda y te dirá: «Aquí estoy». Cuando ofrezcas al hambriento de lo tuyo y sacies al alma afligida, brillará tu luz en las tinieblas, tu oscuridad como el mediodía.

Isaías 58,7-10

Levanto mis ojos a los montes:
¿de dónde me vendrá el auxilio?
El auxilio me viene del Señor,
que hizo el cielo y la tierra.

Salmo 121,1-2

SOLO TENÍA DIECIOCHO AÑOS

¡Estaba tan delgado cuando lo conocí! La verdad es que me impactó su relato.

Cómo explicaba su vida, de niño y de joven, y en especial cuando, junto con un amigo, decidió coger una «patera». Quería una vida mejor y ayudar a su familia.

Cómo explicaba la travesía:

–En aquella «patera» tan pequeña para tanta gente. Nos quedamos sin agua ni alimentos. Murieron muchos, entre ellos, un primo mío y un amigo, mi mejor amigo, lloré mucho.

Así pues, cuando aquella «patera» llegó a Canarias, lo llevaron a un centro de menores. Solo tenía dieciséis años. Estuvo allí dos años, donde pudo estudiar un poco el idioma, y a los dieciocho años, con la mayoría de edad, tuvo que irse. Solo, sin familia. Decidió venir a Barcelona.

Y ahora lo tenía ante mí.

Yo, escuchándolo, pensaba: ¡Dios mío!, tan joven y lo que ha vivido. Así pues, nos pidió ayuda, iba de albergue en albergue y aquellos días estaba en la calle.

Valió la pena echarle una mano, ayudarlo en el alquiler de una habitación, alimentos, ropa, algo de dinero para desplazarse a Barcelona y, finalmente, el primer

trabajo. Poco a poco se fue situando, incluso pudo ayudar a su familia económicamente e ir a visitarla.

Sí, hay esperanza. No le ha sido fácil, ha trabajado mucho y muchas horas. También debo decir que ha recibido humillaciones y no muy buen trato, en especial en los primeros trabajos. Lo aguantó. Ahora está bien y trabaja con contrato. Trabaja de ayudante de cocina. También está estudiando cuando se lo permite su horario laboral.

Hassi, el más joven de los que conocí durmiendo en la calle, pudo salir de ella.

A veces un poco de ayuda puede hacer de puente para normalizar la vida.

La alegría de compartir

No vivió más en la calle,
y encontró trabajo,
y está contento.



Era a finales de junio, cuando los días son más largos. Y aquel día fue más largo. Era de noche, bastante tarde y mirando desde el balcón se podía ver a una persona echada sobre un banco de la plaza, enfrente de mi casa. Primero pensé que estaría allí por el calor, pero más tarde me di cuenta de que se instaló para pasar la noche.

Ciertamente me costó dormir. No lo había visto tan cerca: una persona sola en la plaza durmiendo por la noche. Porque una cosa es ver a estas personas pasando junto a ellas o a través de los medios de comunicación y otra es tenerlas enfrente de tu casa. ¡Lo tenía tan cerca! Por la mañana aún estaba allí. Empezó, por tanto, la ayuda y la amistad.

Así fue cómo empecé a conocer de cerca la vida de las personas que viven en la calle.

Dormía cada día en el banco de la plaza. Recuerdo que a ratos iba a sentarme junto a él y él se iba explicando, a veces sin demasiado sentido. Cuando ya llevaba varios días durmiendo en el banco de la plaza, supe más de su vida. Tenía que escucharlo, pienso en la importancia de escuchar. Nosotros no debemos decir muchas palabras: ellos tienen la necesidad de explicar, y nosotros debemos darles confianza.

Le dimos algunos alimentos y ropa, y lo encaminamos a los Servicios Sociales y a Cáritas. Así empezó la ayuda a aquella persona que vivía en la plaza. La verdad es que me impactó, fue la primera persona que ayudé, la primera que conocí tan de cerca y por casualidad.

Fueron cinco años de estar junto a él, conocer su vida, conocer su enfermedad... Lo primero que hicimos fue pagarle una habitación en una pensión: *primero sacarlo de la calle, ya había estado demasiado tiempo (años)*. Creo que todo el mundo debe tener un lugar donde vivir. Le costó adaptarse a vivir en la pensión. Recuerdo que una mañana telefoneó muy enfadado diciendo que le habían robado los zapatos; más tarde la encargada de la pensión nos dijo que los tenía debajo de la cama.

Las personas que llevan mucho tiempo durmiendo en la calle tienen esta sensación de que les quitan lo poco que tienen, y realmente muchos son víctimas de robos y malos tratos. Por esto las personas que hace tiempo que viven en la calle se vuelven malpensadas, de algún modo se protegen, son desconfiadas. Pero también os digo que se hacen querer, su debilidad y situación extrema y al mismo tiempo las ganas de vivir son de admirar.

Así pues, el «chico» durante un tiempo fue un amigo más entre nosotros.

Recuerdo:

La primera vez que cenó con nosotros.

La primera vez que vino a casa.

La primera vez que vino con nosotros a la montaña.

La primera vez en la playa.
La primera vez que vino a la parroquia.
Y tantas comidas de domingo compartidas.
Había ratos alegres y de risas, otros de inquietud y
tristeza...

Podemos decir:

Aprendimos mucho del «chico» que dormía en la plaza. Esto no se olvida nunca.

Pero el alcohol pudo más que él.

Lo intentamos todo: médicos, terapias, ingresos en centros, medicación, contactos con otras entidades, contacto con la familia...

¡¡Lo intentó!!

También le proporcionamos un piso, un pequeño piso de alquiler, con la intención de que se sintiera bien y pudiera mejorar su vida. Tenía días, tenía semanas, él lo intentaba, incluso le salió un trabajo que no pudo mantener, lo despidieron.

Pero, a pesar de todo, podemos decir: desde que lo conocimos, nunca más durmió en la calle.

El «chico», la primera persona que conocimos en la calle, después de cinco años cayó enfermo, gravemente enfermo, se moría. Los días que estuvo ingresado en el hospital fueron tristes. Lo íbamos a visitar, para estar a su lado el máximo tiempo posible, hablar con los médicos, enfermeras...

El alcohol lo había alejado de la familia, la esposa, hijos, padres, hermano. Pero debíamos avisarles, la situación era grave.

Así pues, el último día llegó su hermano menor, pudieron verse y despedirse. ¡Qué mezcla de sentimientos! ¡Lo que en las últimas horas se vivió en aquella habitación del hospital! En medio del dolor y la enfermedad, Dios estaba presente, presente en el dolor. El «chico», el último día sonreía... si le preguntábamos qué necesitaba, decía que nada, que todo estaba bien.

Enfermeras entrando a cada momento, calmantes, palabras, silencios, miradas... Hasta el final, con él, hasta el final.

El «chico» que dormía en la plaza de enfrente de casa se hizo querer y aprendimos y supimos qué es vivir en la calle. Damos gracias a Dios por haberlo conocido, por los cinco años junto a él.

Se hizo cercano.
Dios se hizo presente.